

63. La realidad que hemos descrito al hablar de nuestro contexto puede resultar una quimera imposible. No vamos a cambiar el mundo. Ya lo sabemos. Por eso tampoco hemos de «pretender grandezas que superen nuestra capacidad» (Sal 131[130],1). La misión es de Dios. Él sabe cómo abrirse caminos en la historia, incluso a pesar de nosotros. A veces, el desaliento y la frustración que nos roban el corazón y la Esperanza se deben a que creemos más en nuestra capacidad que en la fuerza de Dios. Se apodera de nosotros la «secularización» cuando nos creemos los protagonistas en esta historia. Y no lo somos. El protagonista es Él. Él es siempre el más interesado en llevar sus planes adelante. Con humildad, seamos colaboradores de Dios (1Cor 3,6) con lo nuestro, con lo poco o mucho que podemos, sabiendo que Él es el que actúa, a su manera, contando con nuestras pequeñas fuerzas. A nosotros nos sostiene la Esperanza que nos ayuda a ver las cosas con otra mirada y otra confianza. Decía el fundador de mi congregación, san Antonio María Claret, que a una persona inflamada del Amor divino, «nada le arredra»³⁵. Francisco también nos alienta y nos dice con fuerza: «Los desafíos son para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera»³⁶. El Señor nos dará luz y fuerza para las respuestas que necesitamos y activará en nosotros una dinámica nueva de creatividad y fidelidad.
64. Hemos hecho un trabajo primero de escucha. Hemos querido escrutar los signos de los tiempos y escuchar lo que Dios nos sugiere. Nos hemos acercado a la realidad y hemos visto cuál es nuestro contexto, el lugar en el que estamos llamados a dar una respuesta. Sin duda, hemos realizado un ejercicio de realismo, queriendo auscultar la vitalidad y lo que somos como comunidad cristiana en Gipuzkoa. Esta imagen inicial nos invita a avanzar en el discernimiento. Tenemos que preguntarnos: ¿Qué nos dice el Señor en todo esto? ¿A qué nos llama como comunidad cristiana? ¿Cómo responder mejor a nuestra vocación como Iglesia? A partir de los próximos meses, iremos aclarándonos más y más. Algunos hermanos y hermanas nuestras tomarán esa responsabilidad en cada zona para acompañar el proceso. El discernimiento y la futura toma de decisiones va a llevar su tiempo. El *Jubileo* supondrá para nosotros un tiempo de gracia en este sentido. Durante este próximo año, la Palabra de Dios y la Esperanza nos animarán en el camino y nos acompañarán. No hay prisa. Lo importante es estar en camino, en sana tensión para responder siempre lo más adecuadamente posible y, sobre todo, en comunión. Os ofrezco a continuación algunas orientaciones en este sentido, enmarcadas en la llamada constante a la renovación a la que nos invita la Iglesia. Así mismo, os comparo algunas cuestiones que considero pueden ayudarnos a caminar, formuladas en forma de procesos y de sueños posibles para nuestra acción evangelizadora en Gipuzkoa.

III. CONVERSIÓN PASTORAL Y MISIONERA

65. El papa Francisco ha querido que toda la Iglesia se ponga en estado de misión y se sienta llamada a una «conversión pastoral y misionera»³⁷. Esta llamada pretende ayudar a la Iglesia a no dejar dormir la siempre necesaria renovación y reforma a la que está llamada la comunidad cristiana para seguir cumpliendo su misión evangelizadora. La renovación no es un fin en sí misma, sino «un medio constante para dar

35 San Antonio María Claret, «Definición del misionero», Aut. 494. en: *Autobiografía y escritos complementarios*, Editorial Claretiana, Buenos Aires 2008, 351.

36 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n.109.

37 Cf. Francisco, *ibid.*, n. 30.

siempre un fuerte testimonio cristiano, para favorecer una evangelización más eficaz en cada tiempo, para proponer un espíritu de comunión más fecundo y alentar un diálogo más constructivo con todos»³⁸. Acogemos esta llamada, por tanto, como un estímulo para cuidar y fortalecer la fe de las personas y las comunidades cristianas de Gipuzkoa, en vistas a seguir anunciando el Evangelio.

1. La clave de la renovación

66. En el encuentro diocesano que tuvimos el curso pasado, en el mes de febrero, en el colegio Aldapeta María Ikastetxea en San Sebastián, hablé a los presentes de la necesidad de la renovación constante de la Iglesia. Señalé cómo hay dos palabras que captan inmediatamente la atención de cualquiera. Una es la palabra «gratis», otra, la palabra «nuevo». Hablar de lo nuevo nos resulta atractivo. En nuestro caso, cuando hablamos de renovación, hablamos de un volver a hacer nuevas las cosas y esto nos motiva. Quedarse parados, como al borde del camino, no es lo nuestro. Nosotros somos peregrinos. Somos caminantes. Sentimos los grandes desafíos que el mundo nos plantea y, aun desde nuestra debilidad, queremos responder. Es el Espíritu Santo el que nos mueve, quien sopla su aliento sobre nosotros siempre, a pesar de los límites, las dificultades y las circunstancias complicadas que podamos experimentar. Cuando hablamos de renovación hablamos de un camino que queremos hacer, impulsados por Él, que es, en definitiva, quien guía la historia. Caminamos, pues, en Esperanza y en confianza.
67. El concilio Vaticano II nos marcó claramente el camino del *aggiornamento* (actualización) y de la renovación desde dos claves fundamentales: la vuelta a los orígenes y la adaptación a las cambiantes condiciones de los tiempos³⁹. Nos recordó algo que debe estar presente en todos nosotros de manera comunitaria y personal: «toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente

en el aumento de la fidelidad a su vocación»⁴⁰. Cuando hablamos de *Ecclesia semper reformanda*⁴¹ (Iglesia que se reforma constantemente) nos referimos a que la Iglesia debe ser siempre reconducida a su forma propia. Por eso, sólo en la medida en que seamos fieles a nuestra vocación como cristianos y como Iglesia, estaremos en la verdadera y auténtica línea de renovación para afrontar la misión a la cual somos llamados hoy. La fidelidad, por tanto, pasa por una vuelta al Evangelio y a la Tradición para poder seguir siendo lo que hemos de ser: una Iglesia que encuentra su vocación, su razón de ser y su identidad más profunda en el anuncio de la Buena Noticia⁴². Se trata de una «fidelidad creativa» en vistas a la misión.

68. Respecto a la adaptación a las condiciones cambiantes de los tiempos, también comenté en aquel encuentro que no se trata de sucumbir o plegarse a las últimas modas, a las corrientes imperantes contemporáneas o a lo «políticamente correcto». No se trata de una «mundanización» en el mal sentido de la palabra. Se trata, sin embargo, de hacer una lectura creyente de la realidad y, desde el discernimiento compartido con la Iglesia, a la luz del Evangelio, dar respuesta a la voluntad de Dios en el momento que nos toca vivir. Se trata de dejarnos interpelar por nuestro mundo y nuestro tiempo sin dejar de ser fieles al Señor de la historia y a la sólida tradición eclesial. No se trata de construir *otra Iglesia* alternativa, sino de hacer de nuestra *Iglesia otra*, distinta⁴³.
69. Toda renovación y reforma será real y posible si brota, antes que nada, de una reforma interior. Por tanto, la renovación auténtica ha de pasar por el corazón de las personas. Sin un cambio de mentalidad y del corazón, sin una real conversión, el esfuerzo funcional corre el riesgo de resultar inútil o quedarse en lo epidérmico. Esta es, pues, la clave: las reformas en las estructuras

38 Francisco, *Saludo dirigido a los cardenales reunidos para el Consistorio*, 12 de febrero de 2015.

39 Concilio Vaticano II, Decreto *Perfectae caritatis*, n. 2.

40 Concilio Vaticano II, Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 6.

41 Cf. Francisco, *Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2015.

42 Cf. San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), n. 14.

43 Cf. Yves Marie-Joseph Congar, *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2014, 213 (orig. francés, 1950).

y en lo organizativo son necesarias de cara a la misión, sin duda, pero lo verdaderamente importante es la renovación de la mente y del corazón de cada uno. Solo una renovación personal, en compañía de los demás, y en comunión con la Iglesia, hará posible todo lo demás.

2. Procesos de renovación

70. La comunidad cristiana está llamada a afrontar el desafío de la presencia y la vivencia de la fe en medio de una cultura en la que nos resulta cada vez más difícil. En un contexto de minoridad, el camino del Evangelio no parece ser el de la batalla frontal y de la polarización, sino el de la humilde contribución de aquellos y aquellas que, como la sal, van dando sabor discretamente; o como la luz, que brilla en medio de la noche como un referente para no perderse. Lo nuestro es una propuesta, una invitación. Dice el papa Francisco, siguiendo a Benedicto XVI, que «los cristianos tienen el deber de anunciar el Evangelio sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable»⁴⁴ y añade que más que por proselitismo, se trata de un crecimiento «por atracción»⁴⁵. El cristiano de hoy ha de ser alguien de contraste más que de combate. La paciencia, el testimonio de Esperanza y gratuidad, el servicio y la generosidad con los más débiles hacen de nuestras vidas algo atractivo. Cuando nuestra vida cristiana sostiene lo que dicen nuestras palabras nos hacemos verdaderamente creíbles.
71. Esta misma dinámica la podemos aplicar a los procesos en la Iglesia. Como los buenos guisos, se cocinan mejor a fuego lento. Solo los procesos tranquilos, pacientes, humildes, pero con firmes fundamentos, son los que garantizan cristianos-testigos capaces de generar vida allá donde van. Las cosas sólidas no se construyen desde la ansiedad cortoplacista. Cualquier renovación de un edificio, una empresa o una asociación de

personas no se logra de la noche a la mañana. Requiere paciencia en el tiempo y claridad en la meta a la que se quiere llegar. En general, la dinámica de la siembra del Evangelio opera así.

72. En nuestra Iglesia de Gipuzkoa se nos hace necesario tomar nueva conciencia de algunos procesos que tenemos que seguir consolidando, fortaleciendo y acompañando. Son procesos permanentes. Ya están en activo, evidentemente, pero hemos de profundizar más sobre ellos y orientarlos bien. Más que acciones puntuales, quisiera ofreceros algunos criterios de fondo. Las actividades ya se concretarán en los planes pastorales diocesanos o parroquiales. Permitidme proponeros en concreto cuatro procesos que me parecen importantes en este momento: el cultivo de la experiencia creyente (espiritualidad), la transmisión de la fe, la sinodalidad y la reorganización territorial en vistas a la misión y a un fortalecimiento de la comunidad eclesial.

2.1 Cultivar la experiencia creyente (espiritualidad)

73. Nuestra renovación más importante, como ya hemos indicado, pasa por la «sala de máquinas» de nuestro corazón y de nuestra relación constante con Dios. Lo primero es lo primero. Sin duda es responsabilidad primordial de cada uno volver una y otra vez a la fuente, pero también es una tarea que la comunidad cristiana ha de sostener y acompañar. Cultivar la experiencia de la fe es un proceso en marcha y siempre permanente que hoy hemos de renovar y activar más en nuestra vida personal y en la vida de nuestros grupos y comunidades. Decía el teólogo jesuita K. Rahner que «el cristiano del s. XXI, será un místico o no será (cristiano)»⁴⁶. En esta profética expresión se recoge la misma idea: la fe es la dimensión que mueve todo lo demás en la vida del creyente y en la vida de la Iglesia. Bien sabemos que sin ella el edificio se desmorona. Benedicto XVI nos lo advertía así: «Solo quien tiene una relación íntima con el Señor puede llevárselo a

⁴⁴ Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 14.

⁴⁵ Benedicto XVI, *Homilía en la Eucaristía de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario de «La Aparecida»*, 13 de mayo de 2007.

⁴⁶ Karl Rahner, «Espiritualidad antigua y actual», en *Escritos de Teología VII*, Taurus, Madrid 1969, 13-34 (aquí, 25).

los demás»⁴⁷. Francisco nos ha recordado que la Iglesia necesita el pulmón de la oración, pues sin ella «toda acción corre el riesgo de quedarse vacía, y el anuncio, sin alma»⁴⁸.

Tiempos recios

74. Vivimos tiempos en los que nos preocupa la crisis de sentido. Son tiempos recios para la vida de los creyentes. Ya lo hemos dicho al hablar de nuestro ambiente cultural en el que parece que hemos abandonado a aquel Dios que daba sentido a todo. A pesar de la fuerte secularización, se mantiene en nosotros y en muchos de nuestros contemporáneos como una nostalgia, un deseo de mayor sentido, una resistencia a reducir la vida humana a «producir y consumir». Volvemos a valorar la importancia de cultivar esta dimensión de sentido y espiritualidad en nuestra vida. La prisa, la falta de sosiego, los muchos estímulos nos tienen a todos como inmersos en un torbellino. Pareciera que no queda lugar para ese necesario silencio interior que nos pueda ayudar a encontrarnos con nosotros mismos, con los demás y, por supuesto, con Dios. A nada que nos descuidemos nos podemos ver envueltos en este bullicio de la vida que nos descentra. Aquellas palabras de san Anselmo, resultan para nosotros hoy una nueva invitación: «Entra en lo íntimo de tu mente, saca todo, menos a Dios, cierra la puerta y búscalo. Dile: Señor, enseña a mi corazón dónde y cómo puedo buscarte, dónde y cómo puedo encontrarte»⁴⁹.

Amigos fuertes de Dios

75. Cultivar la fe, cuidarla y transmitirla es un gran desafío para todos nosotros. «En tiempos recios, amigos fuertes de Dios»⁵⁰, decía Santa Teresa de Jesús. Sí, hoy más que nunca, necesitamos ser amigos fuertes de Dios para afrontar la vida con confianza, mantener la fe y transmitirla. No es que sea más difícil hoy que ayer, sino que estamos en un momento social y cultural bien dis-

tinto, en el que la fuerza de arrastre del ambiente es tan grande que necesitamos cultivar esta relación estrecha con el Señor. La fe de los cristianos de Gipuzkoa ha de seguir purificándose y pasando de ser una fe simplemente heredada a ser más personal, más cultivada, más comprometida, si cabe, pues, como hemos visto, esta ya no se apoya en una convicción de todos, ni en un ambiente religioso generalizado.

76. Ser «amigos fuertes de Dios» es lo mismo que ser «místicos» o «espirituales». Pero entendámonlo bien. Ser espiritual no significa estar en otro mundo, «en el mundo del espíritu», ajeno a la vida y a las cosas. El místico no es aquella persona que no disfruta de la vida, una persona rara, con visiones o revelaciones especiales, envuelta en un halo especial. La persona «espiritual» es aquella que se deja transformar por el Espíritu Santo y así vive como un «amigo fuerte de Dios». Es aquella que vive conectada a la fuente, que sabe compartir y busca la felicidad de los demás, que sabe descubrir a Cristo en ellos, sin olvidarse de los que más lo necesitan. Ciertamente, al Espíritu Santo se le conoce en los frutos que produce en nosotros: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí (Gál 5,22-23). A las personas «espirituales», a los «amigos fuertes de Dios», lo mismo. Por eso san Pablo llama «carnales» a los que vivían en la envidia o en la discordia (1Cor 3,3). Es el Espíritu Santo, Dios-en-nosotros, quien, cual artista interior, va modelando nuestra vida y haciendo que seamos más «espirituales» y, a la vez, más comprometidos.

Algunos dinamismos para cultivar la fe

77. Esta amistad con Dios, que nos une estrechamente a Él, es fuente de alegría para nosotros y para los que nos rodean. Estamos llamados a cultivarla, a fortalecer en nosotros esos «móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria»⁵¹. Hoy, necesitamos un nuevo compromiso en nuestra vida personal y comunitaria para activar más esos dinamismos que nos ayudan a

47 Benedicto XVI, *Homilía con ocasión de las ordenaciones sacerdotales de la diócesis de Roma*, 20 de junio de 2010.

48 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 259.

49 San Anselmo, *Prologion* 1.

50 Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, 15, 5.

51 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 261.

fortalecer nuestra vida de fe. Por eso deseo invitar vivamente a todos los diocesanos a vivir con intensidad el doble *Jubileo* en este *Año Santo* peculiar de nuestra diócesis de San Sebastián y a fortalecer todo aquello que nos ayude a crecer en la vida de fe: la escucha de la Palabra, en la que aprendemos a confiar en el Dios fiel y a buscar su voluntad; la vida de oración, personal y comunitaria, gracias a la cual crecemos en la relación y en la amistad estrecha con «Aquel que sabemos que nos ama»⁵²; la participación asidua en los sacramentos, particularmente en la Reconciliación y en la Eucaristía, que es centro y culmen de la vida cristiana y se prolonga en la adoración del Santísimo; y el compromiso y cercanía real con los más débiles y vulnerables, lugar donde ponemos a prueba y se confirma la verdad y la autenticidad de nuestra vida cristiana.

2.2 La transmisión de la fe

78. La transmisión de la fe es, sin duda, el desafío permanente de la comunidad cristiana. Hoy aparece ante nosotros como algo crucial en medio de esta sociedad tan marcada por la secularización. Se trata de pasar el testigo de la fe a las siguientes generaciones. Es un trabajo artesano y paciente, pero ha de ser consciente e incisivo. Tomarse en serio la transmisión de la fe para nuestra comunidad cristiana significa hoy impulsar, facilitar y acompañar eclesialmente todo proceso que incida en ello.

Primer anuncio

79. El lugar natural y más importante del primer anuncio se encuentra, sin duda, en la familia. En ella, los padres y madres, también los abuelos –más las abuelas– u otros familiares, son los que en la vida cotidiana transmiten la fe con naturalidad. Así ha sido siempre. En la familia se hace la persona fundamentalmente. También el cristiano. Nuestra sociedad y nuestra Iglesia serán, principalmente, lo que sean hoy nuestras familias. La familia no puede delegar el primer anuncio en nadie, ni en la parroquia, ni en la escuela. Los nuevos creyentes nacen en torno a la mesa, en la vida cotidiana y en torno a las oraciones nocturnas acompañadas por los padres, que iluminan los deseos de los niños

contándoles desde bien pequeños historias que les hablan de Jesús. Enseñarles las oraciones básicas, o llevar con naturalidad a los hijos a las celebraciones de la Iglesia, a las romerías, a los lugares o espacios sagrados (templos, ermitas, santuarios); enseñarles la vida de los santos en sus imágenes, estatuas... va acompañando la fe desde la cuna y a lo largo del desarrollo de los niños. Ese primer anuncio en la familia se verá fortalecido después por la catequesis de iniciación cristiana y, si es el caso, por la escuela. Hemos de buscar con creatividad cómo acompañar a las jóvenes familias en este empeño por la educación de la fe de los hijos y buscar que las familias jóvenes compartan en pequeñas comunidades esta experiencia, de forma que su amistad, su reflexión compartida y las relaciones entre familias similares puedan ofrecerles lo que necesitan y sostenerles en el empeño. «Los discípulos misioneros, acompañan a los discípulos misioneros»⁵³. Este acompañamiento se hace hoy muy necesario.

80. Por otro lado, el propio testimonio de los cristianos se convierte también en primer anuncio, cuando las personas alejadas de la fe descubren en esos testigos razones para orientar su vida desde la fe. Todos somos, en este sentido, misioneros. Nuestra vida está llamada a ser sal y luz, un fermento en medio de nuestra sociedad. Recordemos que «fray ejemplo» es siempre el mejor predicador y catequista. Las palabras no siempre convencen; el testimonio, sin embargo, arrastra.

Nuevos métodos

81. Pero hablar de primer anuncio también es hablar de todo ese significativo número de personas a las que la fe y la persona de Jesucristo les resultan completamente ajenas, o casi ajenas. Renovarnos hoy y ser una «Iglesia en salida» significa también estar abiertos, facilitar y acompañar eclesialmente a esos llamados «nuevos métodos» de primer anuncio, conocidos también como métodos «de impacto». Estos métodos están sirviendo a muchos para una renovación en la fe, o incluso, en algunos casos, para una conversión o nuevo acceso a la fe. Estos métodos son muy directos y en ocasio-

52 Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, 8, 5.

53 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 173.

nes pueden resultar deslumbrantes. Tienen el gran acierto de la invitación «uno a uno», de la exposición de la fe desde el testimonio concreto de quienes se han visto transformados por el Evangelio, y la valentía de la propuesta. Realmente impactan. Sin embargo, corren el riesgo de la fugacidad si no son después acompañados; o el riesgo de quedarse en lo epidérmico si no apuestan por una adecuada y decidida formación posterior. Las experiencias fuertes de este tipo han de ser acompañadas por gente con madurez humana y eclesial, y han de venir seguidas de un tiempo para procesar y madurar adecuadamente lo vivido, para enriquecerlo con una formación que lleve a las personas a mantener una vida de fe adulta y una integración natural en la comunidad eclesial. Siempre es de desear que las personas que participan en estos encuentros y retiros no acaben dispersas, sin comunidad, sino que acaben siendo personas activas que enriquezcan y vitalicen las parroquias y comunidades cristianas a las que pertenecen. Es de desear que se sigan encontrando con otros para su crecimiento, su formación, para orar juntos, para fomentar la amistad y mantener viva la llama que un día prendió con tanta fuerza. Hemos de hacer un esfuerzo por acompañar desde la diócesis, más sistemáticamente, estas realidades emergentes y tan valiosas. Acompañamiento, discernimiento, crecimiento e integración eclesial deberán ser las claves que han de conducir estos procesos.

82. Estos métodos nos hacen ver la debilidad de nuestras propuestas de evangelización más tradicionales, pues quizá han vivido cierta rutinización y han perdido la frescura y el impacto emocional que el anuncio del *kerygma* siempre conlleva. Todos tenemos que aprender de todos. Considero que en toda actividad evangelizadora (tanto en la edad infantil, como juvenil o adulta) no deberían faltar ni el impacto del anuncio kerigmático, ni el proceso de iniciación o de catequesis pertinente. Podríamos formularlo así: «ningún proceso sin impacto, ningún impacto sin proceso», y hacer que nuestra evangelización sea más completa y más transformadora del corazón y la vida de las personas y comunidades.

Acogida, catequesis e iniciación cristiana

83. Pienso en los grupos de catequesis infantil y juvenil que se preparan para los sacramentos de la primera comunión y la confirmación; en los grupos de matrimonios jóvenes o más maduros que se reúnen para compartir su vida y su fe; en los padres que piden el bautismo para sus hijos; en los novios que piden casarse por la Iglesia; las familias que solicitan un funeral en la parroquia o cualquier otro servicio; o en otros grupos similares, especialmente en las personas que han recibido un anuncio con impacto. Deseo trasladar una palabra de agradecimiento explícito por su generosidad y disponibilidad a ese numeroso grupo de catequistas y de personas de nuestras comunidades cristianas que acogen y acompañan a la gente con los brazos abiertos. Es de agradecer su fidelidad y compromiso. En segundo lugar, tan solo quisiera formular una sencilla idea: cada persona que se acerca hoy a la Iglesia es una oportunidad para la evangelización. Acogida y cercanía deberían ser nuestras mejores cartas de presentación. La evangelización se cortocircuita cuando estas faltan.

84. Por otro lado, el cambio tan grande y rápido que hemos experimentado en las últimas décadas nos hace ver que la sociedad ya no está configurada culturalmente por el cristianismo y que muchos que se acercan a las catequesis desconocen lo que antes se transmitía con naturalidad. Al despertar religioso y al anuncio del *kerygma* han de acompañarles siempre unos conocimientos de la fe bien ordenados y articulados. El contenido doctrinal también es importante en todas las etapas de la catequesis. La transmisión de la fe ha de hacerse desde los elementos fundamentales para después poder construir sólidamente la identidad cristiana. Los materiales catequéticos que la Conferencia Episcopal ha aprobado para los catecúmenos del Rito de Iniciación Cristiana de Adultos (RICA), pueden ser un material muy válido para muchos que, aun habiendo recibido la iniciación cristiana, quizá no recibieron una sólida formación cristiana en su momento y necesitan seguir creciendo en la fe.

Crecimiento y formación

85. Crecer es percibir, gozar y penetrar cada vez más en la experiencia de encuentro con el Señor. Ese mismo crecimiento es el que nos lleva a desear más y más su Palabra, el diálogo de la oración, la contemplación serena y agradecida, la lectura y una mayor formación, la unión con Cristo en la Eucaristía. Por esta razón, más que de «formación» me parece mejor hablar de «crecimiento», sabiendo que lo que no crece se termina debilitando y muriendo. El papa Francisco nos dice que la evangelización «busca el crecimiento, que implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada ser humano necesita más y más de Cristo y la evangelización no debería consentir que alguien se conforme con poco»⁵⁴.
86. La formación se entiende muchas veces sólo como formación bíblica o doctrinal, como adquisición de «información religiosa», como el estudio de los documentos del Magisterio, de la doctrina y las normas morales. Todo eso está incluido, ciertamente, y es muy importante; pero el crecimiento supera todo eso y se orienta especialmente a crecer en la vida de las virtudes y, ante todo, a desarrollar el amor al prójimo como la expresión más perfecta de nuestro amor a Dios: «No sería correcto interpretar esta llamada al crecimiento exclusiva o prioritariamente como una formación doctrinal. Se trata de ‘observar’ lo que el Señor nos ha indicado, como respuesta a su amor, donde se destaca, junto con todas las virtudes, aquel mandamiento nuevo que es el primero, el más grande, el que mejor nos identifica como discípulos: ‘Éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado’ (Jn 15,12). Es evidente que cuando los autores del Nuevo Testamento quieren reducir a una última síntesis, a lo más esencial, el mensaje moral cristiano, nos presentan la exigencia ineludible del amor al prójimo»⁵⁵.

2.3. Sinodalidad y comunión

87. Una de las sendas de renovación irrenunciables que debemos fortalecer es, sin duda, la sinodalidad. El papa Francisco ha dicho que es «el ca-

mino que Dios espera de la Iglesia para el tercer milenio»⁵⁶. Es otro de esos procesos ya iniciados que hay que consolidar. No es algo ajeno a la vida de nuestra diócesis en las últimas décadas. En Gipuzkoa las semillas de la sinodalidad fueron sembradas ya desde los años posteriores al concilio Vaticano II. La propuesta, más en concreto, la hemos venido trabajando durante estos últimos años, al hilo de los trabajos y preparativos del Sínodo. Todo ese trabajo nos ha servido para tomar una nueva conciencia: se trata, ante todo, de un «caminar juntos» los que formamos parte de este pueblo fiel de Dios que camina hoy en Gipuzkoa.

88. San Juan Crisóstomo ya nos advertía de que «Sínodo es nombre de Iglesia»⁵⁷. En los primeros tiempos de la Iglesia, cuando se planteaban cuestiones de importante relevancia, las comunidades cristianas participaban para llegar a una decisión. Así lo encontramos en el capítulo 15 de los Hechos de los Apóstoles, en el llamado «Concilio de Jerusalén» sobre la necesidad o no de asumir las costumbres judías para unirse a la Iglesia. La decisión no fue tomada sólo por los Apóstoles, sino que «decidieron los Apóstoles y los ancianos, junto con toda la comunidad» (Hch 15,22). En la Iglesia hay «una unidad de misión, que se lleva a delante por medio de una multiforme variedad de carismas y ministerios»⁵⁸. Así, cada uno, según el don recibido, participa en este proceso desde su carisma y responsabilidad concreta, aportando con humildad y generosidad, compartiendo ideas y opiniones, escuchando, iluminando y aprendiendo unos de otros. Para nosotros, la referencia fundamental en esta comunión es la figura de Pedro. Solo *con Pedro y bajo Pedro* garantizamos la plena comunión y la sinodalidad eclesial.
89. La sinodalidad es una dimensión de la comunión. En ella se expresa la comunión de nuestras comunidades particulares y de estas entre sí. Jesús nos ha recordado que la comunión entre nosotros tiene una singular fuerza misionera: «que sean uno,

54 Ibid., n. 160.

55 Ibid., n. 161.

56 Francisco, *Discurso en la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los obispos*, 17 de octubre de 2015.

57 San Juan Crisóstomo, *Expositio in Psalmum 149*, 1.

58 Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

como Tú y yo somos uno, para que el mundo crea» (Jn 17,21). San Juan Pablo II ya nos insistió en que la Iglesia debe ser «la casa y la escuela de la comunión»⁵⁹. Por eso, queremos ser más sinodales y vivir más la comunión para ser más eficaces evangelizadores. Queremos establecer procesos de escucha, discernimiento, diálogo y decisión para poder ser mejores testigos que interpelen a nuestros contemporáneos sobre la pregunta de Dios, la fe y el sentido último de la existencia.

90. Esta comunión para la misión solo será posible desde la corresponsabilidad. Al hablar de la sinodalidad no se trata ni de un estudio sociológico de opiniones ni de un mal entendido parlamento de mayorías y minorías, sino de un proceso de escucha al Espíritu y de discernimiento eclesial en el que todos podemos participar en la elaboración de las decisiones, para que algunos puedan tomarlas e impulsarlas y las podamos llevar adelante entre todos. Esto solo será posible si cada uno se implica responsablemente y participa en su comunidad cristiana. Para ello hace falta seguir creando espacios de diálogo, conversación sincera e intercambio sereno.
91. Los pastores (Obispo, sacerdotes...) somos los primeros responsables en impulsar esta sinodalidad en nuestras comunidades en Gipuzkoa. Esto pasa por establecer consejos en los diferentes ámbitos en nuestras comunidades cristianas, verdaderamente representativos de todas las sensibilidades y carismas, y animar verdaderos procesos de escucha, diálogo y decisión. Pero tengamos en cuenta que «el diálogo sinodal implica valor tanto en el hablar como en el escuchar. No se trata de trabarse en un debate en el que un interlocutor intenta imponerse sobre los otros o de refutar sus posiciones con argumentos contundentes, sino de expresar con respeto algo que, en conciencia, se percibe que ha sido sugerido por el Espíritu Santo como útil»⁶⁰. El *Documento Final* del Sínodo de la Sinodalidad, recientemente publicado, nos ayudará a fortalecer y avanzar en este importante proceso que ha de concretarse en lo indicado para todas las comunidades cristianas y ha de atravesar todo el hacer de nuestra

Iglesia diocesana. Invito a todos los párrocos a dar a conocer y a trabajar en sus comunidades, en cuanto sea posible, el *Documento Final* del Sínodo y a ir concretando lo que en él se propone para la vida de las comunidades a ellos confiadas y, con paciencia, ir estableciendo esos procesos de escucha, diálogo y participación en sus comunidades.

2.4. Reorganización territorial para la misión

92. El cuarto proceso del que me gustaría hablaros es el de la reorganización territorial y parroquial. En cada época la «política de la siembra» ha de ser revisada y rediseñada. Los tiempos cambian y la adaptación se hace necesaria. Está en juego la misión, la evangelización y el futuro de las próximas generaciones de cristianos en Gipuzkoa. La reorganización puede que responda, en primer lugar, a un principio de realismo que se nos impone por las circunstancias, pero sabemos que, en verdad, hay una motivación más elevada: la misión y el futuro de la comunidad cristiana. Este tiempo es, pues, una ocasión para vivir con paz, alegría y con la humildad de sabernos ese «pequeño rebaño» del Señor que quiere seguir llevando adelante la misión de la Iglesia de la manera más eficaz posible, fortaleciendo la colaboración, el discernimiento, el intercambio y la comunión diocesanas.

Soluciones y adaptaciones

93. Las parroquias nacen en un momento segundo en la historia de la Iglesia: nacen como sedimentación de lo que en principio no era territorial. Los primeros cristianos estaban organizados en pequeñas comunidades más ágiles, de carácter doméstico, en las que celebraban la Eucaristía y rezaban en común. La liturgia doméstica fue abandonándose y nacieron las parroquias, sobre todo cuando la fe comenzó a expandirse fuera de las ciudades y en los pueblos fueron naciendo asambleas cristianas, construyendo sus templos y sus lugares de reunión. Lo que hoy conocemos en Gipuzkoa no fue siempre así. Por ejemplo, hasta hace 75 años, nunca fuimos una diócesis, sino que éramos parte de otras más grandes. Las iglesias de nuestros pueblos y ciudades no siempre estuvieron allí. Se fueron construyendo a lo largo de los siglos. Durante años, la gran mayoría no fueron parroquias, sino solamente templos o

⁵⁹ San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (2001), n. 43.

⁶⁰ Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia* (2018), n. 111.

lugares de culto. En las últimas décadas del siglo pasado, sobre todo en las ciudades y núcleos de población más grandes, se crearon numerosas parroquias nuevas, expansión de otras que ya estaban. Incluso se construyeron nuevos templos con locales parroquiales para la catequesis de niños y jóvenes o para albergar los grupos cristianos que durante algunos años fueron muy pujantes. Las necesidades y los discernimientos del momento fueron buscando soluciones y adaptaciones. Hoy, sin duda, las cosas han cambiado mucho. En las últimas décadas, mucho más.

Una revisión necesaria

94. La parroquia «continúa siendo para la gran mayoría de los bautizados el referente fundamental para su vida de fe»⁶¹. Siempre necesitamos una comunidad concreta donde celebrar la fe, los sacramentos, escuchar la Palabra de Dios y vivir el amor a los hermanos. Pero hoy la proximidad física no es ya un factor determinante para la formación de una comunidad⁶². Uno se puede desplazar y elegir dónde vivir y compartir la fe, quizá en comunidades menos cercanas a su lugar de residencia. Ciertamente un principio territorial no va a dejar nunca de existir, pero la forma concreta de las parroquias, tal y como las conocemos hoy, va a cambiar en el futuro. Se impondrán, tanto la ampliación territorial de las comunidades parroquiales, como la colaboración entre ellas. En algunos municipios, aun manteniendo los templos para el culto quizá más ocasional, las comunidades cristianas se tendrán que reforzar con las más próximas. Vamos viendo desde hace años que no es posible asegurar todos los servicios y una vida comunitaria completa en sus dimensiones en todas las parroquias que tenemos en la actualidad. Desde hace tiempo lo venimos sintiendo y hemos ido tomando algunas soluciones con mayor o menor éxito, según los lugares. Nuestra realidad es bien diferente en los núcleos urbanos grandes o en los municipios más pequeños. Desde hace tiempo vivimos una situación tensionada en nuestra diócesis en este sentido, fundamentalmente por la falta de sacerdotes y la tradicional dependencia de esta figura para casi todo. Tendremos que ir tra-

bajando con paz y paciencia este proceso de reconfiguración territorial de nuestras comunidades cristianas. Pero tenemos que hacerlo con determinación, porque algunas comunidades necesitan ya, objetivamente, una mejor atención y porque tenemos que discernir e ir trazando el camino para las próximas generaciones de cristianos en nuestro territorio. Lo que nos ha de mover es, siempre y en todo caso, la mejor atención de nuestras comunidades cristianas y seguir anunciando el Evangelio.

Un discernimiento abierto

95. Es claro que algunas de las parroquias actuales dejarán de estar configuradas como hasta ahora. Algunas incluso desaparecerán y se reconfigurarán, sobre todo en los núcleos urbanos más grandes. También la manera de su atención pastoral será menos dependiente del párroco y tendrán que trabajar en equipos misioneros o de atención pastoral formados por sacerdotes, diáconos, religiosos/as y laicos. La colaboración entre parroquias y el trabajo en zonas o en Unidades Pastorales necesita también una revisión y un nuevo impulso en nuestra diócesis. Lo mismo la organización o configuración de los actuales Arciprestazgos. En los próximos años, muchas parroquias se verán unidas administrativamente y, sobre todo, en lo que a trabajo subsidiario se refiere. Eso no implica indefectiblemente el cierre de templos. Se hace necesario agrupar más a los creyentes para la celebración litúrgica y para otras actividades eclesiales. Tendremos que determinar un orden y una organización mejor en lo que se refiere a los servicios que proveemos: celebración de la Eucaristía y de otros sacramentos, funerales, catequesis, servicios de Cáritas y otras realidades pastorales de animación espiritual y formación de los creyentes. Tendremos que pensar, por otra parte, cómo establecer equipos misioneros, llamados también «equipos de responsables», o «equipos pastorales» formados por laicos y laicas, religiosos/as, diáconos y sacerdotes, que se irán configurando siempre desde esa clave de atender mejor a nuestras comunidades y para animar la evangelización. Estamos en ese discernimiento. Con una ilusión renovada, es importante que la comunidad cristiana se involucre en este esfuerzo de renovación del rostro concreto de nuestra Iglesia diocesana⁶³.

61 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 28.

62 Congregación para el Clero, *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia* (2020), n. 8.

63 *Ibid.*, n. 10.

Lugares de vida

96. Lo que es evidente es que nuestras comunidades cristianas han de soñar siempre con ser lugares de vida, fe, celebración gozosa y digna, servicio, discernimiento, escucha y participación y, sobre todo, de convocatoria y evangelización. Debemos aprovechar las habilidades y talentos de las diferentes personas, enriquecernos de la variedad de dones y carismas. En las parroquias ha de haber vida real. Han de ser lugares donde, más allá de lo territorial, haya riqueza y vitalidad comunitaria en la que cada cual encuentre su lugar y su pertenencia. El Espíritu Santo irá indicándonos sus mejores caminos.
97. A lo largo de los próximos meses vamos a seguir profundizando en el análisis emprendido con las comunidades y procuraremos formar equipos iniciales de personas comprometidas en

nuestras parroquias y zonas (sacerdotes, diáconos, religiosos/as y laicos/as) que comiencen a llevar adelante con las comunidades, por parroquias, zonas o unidades pastorales un proceso de discernimiento activo y sosegado, pero concluyente, que nos lleve a reorganizar mejor la vida de nuestras comunidades, a priorizar lugares y servicios eclesiales, a racionalizar mejor las celebraciones litúrgicas y a aunar los lugares en donde realizar mejor los procesos catequéticos y de cultivo de la espiritualidad. Igualmente, el discernimiento tiene que ayudar a organizar y gestionar de la mejor manera posible el patrimonio y los bienes, para que se pongan adecuadamente al servicio de la misión y ayuden a sostener la vida de las comunidades. Será necesario contar para ello con ayuda de profesionales (tal vez voluntarios jubilados) competentes en cuestiones de economía que puedan dedicar su tiempo a ello.

IV. SUEÑOS POSIBLES

98. Quisiera compartir ahora con toda la comunidad cristiana de Gipuzkoa algunos sueños posibles en los que considero que hemos de incidir en la vida de nuestra diócesis, a la vez que vamos caminando en este proceso de renovación y reforma permanente. Aunque no son novedosos, puede que algunos sean ambiciosos. Son cosas que ya podemos hacer en un plazo no muy largo. De hecho, algunas ya se están haciendo; otras, están en fases iniciales. Son cuestiones que me gustaría soñar con vosotros e impulsar un poco más, si cabe, en nuestra diócesis en un próximo futuro. Soñar juntos es un ejercicio de reflexión en alto que pretende ser estimulante y provocar nuestro compromiso. Os pediría que cada cual, a su nivel y en su responsabilidad, ponga de su parte lo que le corresponda, con realismo y Esperanza.

1. Cultivar nuestra espiritualidad

99. Fortalecer nuestra vida de fe, nuestra espiritualidad es, como ya hemos señalado, algo primor-

dial. Sueño con que cada cristiano de Gipuzkoa –sea joven o mayor– pudiera leer el Evangelio de la liturgia de cada jornada e hiciera un pequeño momento de oración centrado en la Palabra de Dios (hay libros y aplicaciones para los dispositivos móviles que se pueden utilizar). Quisiera imaginarme también en cada hogar un «rincón de la oración» (icono-imagen, crucifijo, una virgencita, Biblia, vela...) donde cada miembro de la familia pudiera orar o reunirse juntos alguna vez delante y hacer una pequeña plegaria. Y pensando en nuestras parroquias y en nuestros grupos: ¿sería mucho soñar que cada parroquia, más allá de la celebración de la Eucaristía, tuviera un día cada cierto tiempo dedicado a la oración comunitaria por las necesidades de la Iglesia y del mundo, por las vocaciones?

100. Sueño con que todos los jóvenes puedan reservar dos fines de semana durante el curso (Adviento-Cuaresma) con el fin de retirarse, «parar para estar con el Señor» y organizar con ellos estos

retiros o convivencias en los que profundizar en la fe y aprender a sacar gusto por la oración. No debería ser extraño a ningún cristiano (sacerdote, religioso/a o laico/a) reservar cinco días al año para dedicarlos a los ejercicios espirituales, o buscar, en los tiempos fuertes del año, momentos especiales de retiro y oración. En la tierra de san Ignacio no hace falta irse muy lejos para encontrar un buen lugar y buenos y experimentados acompañantes para ello. Invito especialmente a los párrocos a cuidar esta dimensión en sus parroquianos y a facilitar a los fieles estos espacios y momentos de encuentro y oración en las parroquias. La diócesis, por su parte, organizará algunas actividades en este sentido. En este punto, también quisiera compartir un sueño con las comunidades religiosas de nuestro territorio, especialmente las contemplativas, y que, en la medida en que puedan, lo potencien. Se trataría de activar más, si cabe, sus monasterios y conventos, haciendo que sean siempre lugares abiertos y de referencia, en los que desde la sabiduría monástica y de la vida religiosa, como mistagogos y mistagogas, nos ayuden a todos a cultivar la vida interior, a iniciarnos o progresar en el encuentro con el Señor en la oración.

2. Los más pobres y vulnerables

101. Los pobres y los más vulnerables han de estar siempre en el corazón de la diócesis. Hemos hablado de la pobreza y de la exclusión que afectan a muchos conciudadanos nuestros en Gipuzkoa. No son números estadísticos. Son personas. Más aún: ¡son nuestros hermanos! Detrás de cada persona que sufre por múltiples razones hay un corazón que late y una vida que es preciosa a los ojos de Dios. Ancianos en grave soledad o pobreza, enfermos físicos o mentales, diferentes adicciones, gente en situación de calle, familias desintegradas y con múltiples problemas, personas sin empleo, sin oportunidades... «En el corazón de Dios hay un lugar preferente para los pobres»⁶⁴. Su dignidad ha de ser siempre nuestro compromiso. Si para Dios son importantes, para la comunidad cristiana, también. ¿Qué más po-

demo hacer cada uno de nosotros en este sentido? ¿Somos capaces de ver en los más vulnerables el rostro de Cristo sufriente? ¿Qué podemos hacer entre todos?

102. Sueño con que ganemos más y más en sensibilidad social. Quizá no podamos solucionar algunas situaciones, pero podemos dar dignidad a cualquiera que esté en situación de pobreza o vulnerabilidad: mirarle a la cara, decirle con cariño una palabra amable y normalizada que le haga sentir que tiene dignidad, darle una ayuda económica adecuada si es preciso. Podemos preocuparnos por estas personas e intentar encaminarlas o acompañarlas a las instituciones para ayudarlas a superar sus problemas. Podemos defenderlos de abusos que a veces se cometen con ellos. Resuenan en nosotros fuertemente aquellas palabras de Jesús: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). Cada vez que hacemos esto, sembramos Esperanza.

103. Nuestra cercanía a los pobres es un signo inequívoco de una gratuidad que hoy resulta profética en un mundo en que todo se compra o se vende, en un mundo reservado solo «para mí y los míos». Así sembraremos una Esperanza fuerte en el corazón de nuestra sociedad guipuzcoana. A través de nuestra cercanía y preocupación por los más débiles hacemos ver a la sociedad que Dios nunca da a nadie por perdido. Poner cercanía, compasión y ternura en medio de los problemas de los pobres es una siembra fuerte de Evangelio. La labor de los casi mil voluntarios y voluntarias que colaboran en el área socio-caritativa de la diócesis, atendiendo situaciones de pobreza y migración, atendiendo a los enfermos y ancianos, la pastoral penitenciaria y el trabajo en general de Cáritas es encomiable, pero el amor al prójimo no se puede delegar. Es algo inherente a la fe de cada uno, y ha de ser una referencia clara e importante para todos y para todo grupo cristiano de la diócesis. Sueño con que los jóvenes cristianos se incorporen a labores de voluntariado y atención a los pobres y no descuiden esta dimensión tan importante de la vida cristiana. Igualmente, sueño con tantos hombres y mujeres que, recién jubilados, po-

⁶⁴ Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 197.

drían dedicar más tiempo y tanta sabiduría a actividades de voluntariado en actividades socio-caritativas en nuestras parroquias o proyectos.

104. Por otro lado, me gustaría que los cristianos de la diócesis colaboremos con los políticos de nuestros pueblos y ciudades, y con los demás agentes sociales, para buscar con creatividad, empeño y paciencia soluciones para los más vulnerables. Sabemos que las cosas llevan su tiempo y los problemas no se solucionan con la inmediatez deseada. Tengamos una actitud colaboradora y positiva. No dejemos de denunciar el cortoplacismo político o las injusticias; tampoco que se utilice a los pobres para obtener posibles réditos o para la batalla política. Los pobres necesitan cariño, amor, cercanía, recursos y soluciones, no ideologías ni razones. Pongámonos siempre de parte de ellos, pongámonos en su lugar. La caridad es la que certifica la verdad de nuestra fe. El *Jubileo* será un momento propicio para tener un especial gesto jubilar diocesano que haga operante *la fantasía de la caridad* de todos nuestros grupos y de nuestras comunidades cristianas. Estemos atentos.

3. Nuestros hermanos y hermanas migrantes

105. Abraham, nuestro padre en la fe, fue un arameo errante, un migrante. Todos somos hijos de Abraham y, cuando lo necesitamos, nos movemos. Así ha sido también en nuestra historia: ¡cuántos guipuzcoanos y guipuzcoanas se movieron para buscar una vida mejor! Ojalá pudiéramos no tener que emigrar. Para eso, deberían darse en todos los lugares del mundo unas circunstancias o situaciones de dignidad y oportunidades que no se dan. Las guerras, el hambre, la corrupción, la explotación y todo tipo de violencias hacen que las personas busquen un lugar donde vivir en paz y ofrecer un futuro digno a sus hijos. Dicho esto, la Iglesia solo puede considerar toda relación con las personas de otras nacionalidades desde la fraternidad y desde la dignidad infinita que todo ser humano lleva en su ser. Muchos migrantes han llegado a nuestros pueblos y ciudades. En su inmensa mayoría, con ganas de trabajar y encontrar prosperidad. Tal vez con la ilusión de volver un día a su tie-

rra. Muchos de ellos están ya muy arraigados⁶⁵; otros, en proceso de integración.

106. Acogerlos, acompañarlos, ayudarlos en su promoción e integrarlos es nuestro sueño y compromiso. Es lo que hay que exigir a nuestras instituciones locales y provinciales. También a nosotros mismos como comunidad cristiana. Hagamos lo mismo nosotros en nuestra casa, en nuestra Iglesia, en nuestras parroquias y comunidades. Que no se sientan nunca segregados o «de segunda». Seamos los cristianos pioneros en la inclusión y en mostrar caminos de futuro y Esperanza. Ya lo somos en nuestra escuela católica, en nuestros centros de enseñanza y en nuestras catequesis parroquiales. También en tantos proyectos de integración que llevamos adelante. Sueño con que sea así en nuestras casas y en nuestros ámbitos donde ellos trabajan con nosotros. Sueño también que en nuestras comunidades, en todos los consejos pastorales y de todo tipo de nuestras parroquias, así como en nuestros servicios y organismos diocesanos vayamos integrando a estas personas y formen parte protagonista. Ahora que estamos llamados a consolidar y a actualizar las indicaciones de la Iglesia sobre la sinodalidad, no dudemos en dar pasos decididos en ese sentido.

4. La mujer

107. Es necesario reconocer la importancia nuclear de la mujer, no solo en la sociedad, sino también en la comunidad eclesial. Cada vez que pregunto a alguien quién le transmitió la fe, casi siempre aparece la misma respuesta: fue mi madre. Algunos más jóvenes hoy dicen que ha sido su abuela. La tarea de la catequesis parroquial es llevada adelante también mayoritariamente por mujeres. Numerosas mujeres están al frente de muchos proyectos eclesiales educativos, pastorales y de carácter social, aportando su buen hacer y su competencia. Sí, la Iglesia les debe mucho a las mujeres. Son hoy, verdaderamente, columnas de la fe y de la Iglesia. Por ello, la Iglesia no puede dejar de agradecer a Dios esta entrega y generosidad, ni obviar su lugar, no solo en los

⁶⁵ Cf. Conferencia Episcopal Española, Exhortación pastoral *Comunidades acogedoras y misioneras* (2024), n. 14.

diferentes servicios y consejos eclesiales donde se fraguan las decisiones, sino también en sus órganos de consejo y gobierno, lugar donde se toman las mismas. En nuestra diócesis esto no es una novedad. Tenemos tradición en ello. La incorporación de algunas mujeres más en estos órganos y consejos ha de continuar.

108. Por otro lado, quisiera que todos tomáramos una nueva conciencia en nuestras comunidades de que la violencia contra la mujer –también contra todo varón–, en todas sus formas de abuso o maltrato, es una afrenta contra la dignidad humana y una ofensa gravísima a Dios. Estoy convencido de que esta conciencia es real en nosotros, pero no podemos dejar de insistir en nuestro deber de hacer todo lo que esté en nuestras manos por evitarla y erradicarla. Sueño con que todos los diocesanos, más allá de toda ideología, nos unamos a la voz de tantas mujeres que denuncian estos hechos en nuestra sociedad. No cabe una inhibición o una apatía descomprometida sobre esta cuestión. Invito a nuestras comunidades e instituciones diocesanas a redoblar este compromiso y a seguir poniéndose a disposición de aquellas mujeres que hayan sufrido cualquier forma de violencia, y que las acompañen con amor y cercanía, para que puedan salir adelante en la vida y recuperar la paz, la alegría y la Esperanza a pesar de las heridas.

5. Una «cultura vocacional»

109. La pastoral juvenil-vocacional es una tarea empenativa y un gran desafío, sobre todo en estos tiempos en los que en las comunidades cristianas y en las familias nos cuesta tanto transmitir la fe a las nuevas generaciones. Sin embargo, no podemos dejar de señalar la importancia de la misma. Dicen que la crisis no es de los llamados, sino de los «llamantes». Y hoy, esos que llaman somos todos. Todos los bautizados somos responsables de ayudar a los más jóvenes a descubrir su vocación. Educar en la fe a los niños y jóvenes significa ponerles en ese horizonte. Es tarea primaria de la familia, pero también de las parroquias y comunidades cristianas. No puede haber una pastoral de juventud que no sea vocacional. Los jóvenes cristianos –como también los adultos– han de comprender su vida

como una respuesta a la llamada de Dios. Dios llama a jóvenes a la vida matrimonial y familiar, también a la vida consagrada y al ministerio ordenado. Siempre los llama a vivir su fe en comunidad, nunca de forma aislada. Orar con intensidad y plantear la cuestión en la familia, en la escuela y en las parroquias es crear una «cultura vocacional». Sueño con esa cultura vocacional en nuestra Iglesia de Gipuzkoa en la que propongamos todos a los jóvenes vivir en esa clave de llamada y respuesta y en la que valoremos como un tesoro lo que significan las vocaciones de servicio que tenemos en nuestros sacerdotes y en nuestras personas consagradas a Dios. La diócesis está impulsando una formación seria que ayude a los jóvenes a crecer y a responder cristianamente a su vocación, pero la invitación y el acompañamiento es cuestión de todos. No dejemos de valorar, querer e impulsar en nuestras propias familias las vocaciones especiales al ministerio ordenado o a la vida consagrada. Invito especialmente a todas las parroquias y comunidades a orar constantemente al Señor «para que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38) organizando actividades, jornadas de oración específicas periódicas y encuentros testimoniales con nuestros sacerdotes y personas consagradas.

110. Me dirijo en este punto a los jóvenes como a ellos les gusta, directamente. «Queridos jóvenes: Hay algo que me tiene preocupado de un tiempo a esta parte. A veces me pregunto si os estáis haciendo la pregunta adecuada en este momento vital tan importante que es vuestra juventud; ese tiempo en que, por lo general, se suelen plantear preguntas decisivas. No quisiera que os preguntéis meramente qué es lo que queréis hacer con vuestra vida. Enseguida encontraríais respuestas más o menos claras sobre un futuro aparentemente lleno de oportunidades, de buen salario, buena salida profesional, buena fama... Esa pregunta se la hacen también muchos otros jóvenes. Pero vosotros no sois como muchos otros. Vosotros sois creyentes y, por el hecho de serlo, la pregunta que os deberíais hacer, siendo parecida, es bien distinta. ¿Qué diferente es preguntarse qué quiero hacer con mi vida, que preguntárselo directamente al Señor!: ‘Señor, ¿qué quieres tú que yo haga con mi vida?’. Te invito a que se lo preguntes y a dejarte acompañar en

esta búsqueda. Te invito también a que seas tan valiente como confiado o confiada. El que te llama no quiere otra cosa para ti que tu felicidad. Y ahí, en el diálogo de la oración con el Señor, mirando el mundo que te rodea, mirando a la comunidad cristiana que te necesita, encuentres la respuesta a la felicidad que persigues. Y si asoma una llamada que desde lo profundo te está diciendo: '¡Véndelo todo y sígueme!' (Mt 20,21), y te sientes invitado con fuerza a una entrega total y radical en el ministerio o en la vida consagrada (activa o contemplativa), no le tengas miedo. El Señor, que es quien elige, te dará la lucidez, la capacidad y la fuerza necesaria para responder. Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los elegidos. Y mientras vas de camino, sigue formándote, celebrando tu fe, compartiéndola con otros jóvenes; sigue orando constantemente, sin olvidarte de servir a las personas que más lo necesitan».

6. Los ministerios laicales

111. Si bien la misión y el carisma propio del laicado está en la secularidad, en la transformación de las realidades del mundo profesional, social, económico, cultural, científico y político, algunos, de manera expresa, están llamados a colaborar estrechamente en tareas y servicios específicos que nacen de la naturaleza misionera de la Iglesia y sus necesidades. La Iglesia del tercer milenio, como recordó san Juan Pablo II, necesita impulsar a todos los bautizados a tomar conciencia de su responsabilidad activa en la misión eclesial⁶⁶. En esta corresponsabilidad, los ministerios, sean ordenados o laicales, se complementan, convirtiendo a nuestras comunidades en verdaderos signos del Reino.
112. Sueño con unas comunidades cristianas en la diócesis en las que se valoren y fomenten los ministerios laicales como expresión concreta del amor y servicio a Dios y a los hermanos de la comunidad. El Espíritu Santo suscita hombres y mujeres dispuestos a responder con generosidad y alegría a la llamada del Señor.

Estos ministerios o servicios no son algo para todos, pero hemos de evitar en todo caso, una suerte de «clericalización» de los laicos.

113. En la Iglesia, los ministerios laicales son múltiples y diversos. Hay «ministerios instituidos», como el lectorado, el acolitado o el del catequista, que se acompañan con un rito especial. Además han surgido otros «ministerios encomendados» inspirados por la creatividad del Espíritu para responder a las necesidades de nuestras comunidades en sus diferentes áreas de acción: la animación de la liturgia, la música, los ministros extraordinarios de la Eucaristía, el acompañamiento a los enfermos y a los encarcelados, la atención a los pobres, la catequesis infantil y juvenil, el acompañamiento a los matrimonios y a las familias o la educación, la formación cristiana de adultos, la promoción de la misión del laicado... Sabemos que no son simples tareas. Son misiones que se ejercen en nombre de la comunidad y que garantizan la presencia viva de la Iglesia. Conviene valorar estos servicios como encomienda. Por ello es algo que se lleva con responsabilidad, con un compromiso personal de formación adecuado y también desde la corresponsabilidad con los pastores y con quienes llevan otras tareas en sus comunidades. Son signo de una Iglesia menos dependiente de la figura del sacerdote y más corresponsable. Hoy, cada vez más, se espera de las personas encargadas de estos ministerios la capacidad de trabajar en equipo y de manera coordinada, no solo a nivel parroquial, sino también a nivel zonal o diocesano.
114. Sueño en concreto con dos ministerios específicos y tal vez novedosos para la vida de nuestras comunidades: el ministerio de la acogida y de la escucha, en el que quienes se acercan a nuestras comunidades puedan encontrar el consuelo y la cercanía que necesitan. Por otro lado, el ministerio del duelo, que acompañe y ayude a vivir en la Esperanza el momento crucial de la muerte y la pérdida de nuestros seres queridos, asistiendo a las familias incluso en los servicios religiosos.

7. Diaconado permanente

115. En nuestra diócesis, el ministerio del diaconado permanente, aun aprobado por mis antecesores, ha sido escasamente promovido y poco desarro-

⁶⁶ Cf. San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (2001), n. 46.

llado. Quizá no se ha tenido claro cuál es el servicio al que el diaconado apunta desde los comienzos de la historia de la Iglesia y hemos de rescatar su sentido más genuino. Sueño en un mayor desarrollo de este ministerio en nuestra Iglesia diocesana. Conocer bien la razón del diaconado permanente y su quehacer, tal y como nos lo señala el magisterio de la Iglesia, nos ayudará en este sentido. No se trata de que los diáconos «visitan» los altares o las celebraciones más solemnes, cual acólitos más cualificados o como curas de segunda categoría. El diaconado permanente en la Iglesia es una vocación, un ministerio de servicio a la comunidad con muchas atribuciones, que ha de ponerse en valor también en Gipuzkoa, como sucede en otras diócesis del mundo. El servicio de la caridad, el servicio de la Palabra y la predicación, la celebración de algunos sacramentos y la presidencia o acompañamiento en liturgias diversas, como las exequias, forman parte de este ministerio ordenado de liderazgo eclesial, reservado a varones célibes o casados. En el caso de los casados, es necesario que, para acceder a la ordenación, la esposa del candidato esté de acuerdo y acompañe esta vocación.

116. La ordenación diaconal de varones casados en nuestra diócesis haría hoy un grandísimo servicio a nuestras comunidades cristianas, pudiendo hacer servicios pastorales en cuanto a algunas celebraciones se refiere y enriqueciendo mucho a nuestras comunidades cristianas en el desarrollo de múltiples actividades y fortaleciendo los equipos pastorales. Invito a todos los hombres que puedan estar pensando en un servicio mayor a la Iglesia a plantearse este ministerio como posibilidad para sus vidas, a discernirlo ante el Señor y, si es el caso, con su familia. Igualmente, invito a las comunidades cristianas de nuestra diócesis, especialmente a los sacerdotes, a «señalar» a esos hombres probados, casados y padres de familia mayoritariamente, que pudieran ser invitados a acoger este ministerio en sus vidas. Realizada la propuesta a los posibles candidatos, valoraríamos su disposición y comenzaríamos un prudente proceso de discernimiento, acompañamiento y formación. Los diáconos ejercerían el ministerio en su ámbito cercano de vida familiar, en el entorno de su arciprestazgo, colaborando con las parroquias, equipos pastorales

y sacerdotes en la zona. ¿Sería mucho soñar con una docena de hombres para este ministerio ordenado en la diócesis? Sería un fruto precioso de este *Año Santo* jubilar.

8. Educación católica

117. En nuestra sociedad hay valores y valores. Para nosotros, el Evangelio es nuestra referencia y ha de ser una brújula clara. Él es el que nos da la identidad y fragua en nosotros nuestra pertenencia a la Iglesia. Si bien la familia es la primera educadora de la fe y lugar natural donde se siembran los valores, la escuela católica los apoya, los acompaña, los hace crecer. En los colegios de identidad católica se anuncia el Evangelio directa e indirectamente, a través de la acogida, del trabajo en la diversidad, la solidaridad, el servicio. También a través de la enseñanza de la religión en el aula, las celebraciones en torno a las fiestas y tiempos litúrgicos. En la escuela católica las oportunidades para la evangelización de niños, jóvenes y, sobre todo, de las familias, son enormes. Si hay un lugar donde están los niños y los jóvenes es en la escuela. Se trata de un lugar idóneo para la siembra del Evangelio. Al menos, teóricamente, porque no se hace fácil la propuesta cristiana clara y directa. Es de valorar el gran esfuerzo de las congregaciones religiosas femeninas y masculinas por mantener hermanos y hermanas en el área pastoral de los centros escolares y por promocionar la labor de laicos en colaboración. Con todo, la debilidad de los equipos pastorales en los centros sigue siendo un desafío a superar. Quisiera hacer una llamada a tantos profesores y profesoras creyentes y vocacionados de nuestros centros a que se unan y se animen a formar parte de esos equipos pastorales, o a que se organicen y se creen dichos equipos si no los hay en cada centro. Trabajar con un proyecto pastoral, unidos y apoyados en compañeros y compañeras comprometidos en ello, se hace indispensable. El Evangelio no será anunciado en la escuela sin educadores comprometidos en la evangelización de los niños y jóvenes. Por otro lado, hay un grupo de profesores héroes que dan clases de religión católica en la escuela pública. Ellos hacen un papel inmenso de presencia y de testimonio de la fe en circunstancias especialmente difíciles y de frontera. A ellos mi cariño especial. La diócesis quiere estar a vuestra disposición para acompañaros en esta tarea.

9. Liturgia y celebración

118. La liturgia es una dimensión fundamental de la vida de la Iglesia. Es fuente y culmen de la vida cristiana. Sabemos bien que en lo que oramos se recoge lo que creemos y lo que estamos llamados a vivir (*lex orandi, lex credendi, lex vivendi*). Esta liturgia debe caracterizarse por su belleza y puede convertirse en camino de encuentro con Dios y de evangelización⁶⁷. Como obispo, no puedo dejar de insistir en este punto y seguir soñando con que la reforma litúrgica conciliar siga materializándose en nuestras comunidades. La Iglesia me ha constituido «primer administrador de los misterios de Dios en la Iglesia particular encomendada y también moderador, promotor y custodio de la vida litúrgica»⁶⁸. En este sentido, como nos insiste también el papa Francisco, os quiero invitar nuevamente a cuidar especialmente las celebraciones, de modo particular la Eucaristía, siguiendo los libros litúrgicos aprobados por la Iglesia tras el Concilio, aprovechando más todas las posibilidades que en ellos se nos abren y ofrecen. Al mismo tiempo, os quiero invitar a desarrollar una especial sensibilidad en el *ars celebrandi* y en el cuidado de todo lo que rodea a la liturgia, sin confundir creatividad con subjetivismo, ni corrección y dignidad con ostentación.

119. Os invito también a tener un cuidado y empeño especial en el uso del euskera en nuestra liturgia, incluso en las misas «en castellano», introduciendo con normalidad algunas aclamaciones y también cantos populares conocidos por todos. Su especial belleza anima el fervor del pueblo. En este sentido, la música sagrada y el apoyo de coros que sostienen el canto del pueblo y embellecen las celebraciones son algo muy propio de nuestra tierra; hagamos lo posible por cuidarlos y promoverlos, pues ayudan mucho a la oración de todos. Por otra parte, una predicación sencilla, directa, clara y acomodada⁶⁹ y, sobre todo, «bien rezada», con tono kerigmático y pastoral más que académico o moralista, tiene todos los

ingredientes para contagiar verdad y Esperanza, para mostrar la cercanía necesaria que anima y enriquece a los fieles. La satisfacción que siente quien participa en nuestras celebraciones se debe a una suma de todo esto. Quizá os llame la atención, pero la unción y la belleza que se respira, por lo general, en nuestros funerales, es modelo de lo que aquí os he indicado.

120. En algunas comunidades se realizan celebraciones dominicales denominadas «en espera de presbítero», como una solución para celebrar en comunidad el día del Señor cuando no se puede acceder con facilidad a la celebración de la Eucaristía. Hay hasta un ritual para ello. Es de agradecer la labor de tantas personas que acompañan estas celebraciones. Sobre estas celebraciones, tengamos en cuenta lo mismo que hemos dicho sobre el cuidado necesario cuando hemos hablado de la celebración de la Eucaristía o de otras liturgias, para que la experiencia oracional y celebrativa resulte satisfactoria para los que participan y quieren celebrar en comunidad, de esta manera, el día del Señor. Sueño con que los equipos de liturgia de nuestras comunidades puedan encontrarse para compartir esta experiencia juntos y para una formación continua que les ayude a profundizar en esta labor.

10. Piedad popular

121. La religiosidad o piedad popular se presenta hoy como una oportunidad extraordinaria de acercamiento a la Iglesia, de presentación del mensaje cristiano y del compromiso solidario con los necesitados. Las peregrinaciones, romerías, las visitas y la vida en torno a los santuarios, la celebración de las fiestas populares en nuestras iglesias parroquiales y ermitas, son una ocasión propicia para mostrar una Iglesia cercana y abierta, humilde pero presente y solidaria, que se preocupa por todos y que tiende la mano a todos. En estas celebraciones y encuentros colectivos de contenido netamente católico, se cohesionan la vida de nuestros pueblos y también de la comunidad cristiana. Disfrutamos ahí de sentirnos parte de un ámbito más grande junto con nuestros vecinos, de sentirnos ciudadanos, de sentirnos pueblo con los demás. Los cantos, los gestos, las imágenes, los bailes y tantas otras cosas

67 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 24.

68 Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Christus Dominus*, n. 15; cf. también, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 41; Código de Derecho Canónico, can. 387.

69 San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), n. 43.

nos hablan de un popular entramado de folklore, cultura y religiosidad en el que todos nos hemos criado y que forma parte de lo que somos. Quizás habría que acompañar más y hacer más pedagogía de la fe en todo ello, pero en ningún caso hemos de minusvalorar esta expresión de la fe de nuestras gentes, que tanta fuerza cristiana puede suscitar⁷⁰. Es ahí donde podemos palpar la verdadera reserva espiritual de nuestro pueblo. Ahí participa toda esa vida quizá menos cercana a los núcleos y grupos más constituidos en nuestras parroquias. Es el santo pueblo fiel de Dios, la amplia Iglesia de Gipuzkoa, formada por miles y miles de personas que quizá no tienen una fe tan formada, pero que tienen un fondo creyente y unos valores profundos que transmiten por connaturalidad en sus familias y en sus entornos más cercanos. Acompañar estos eventos religiosos populares, participar en ellos, animarlos e impulsarlos desde dentro con creatividad, rescatar algunas sanas tradiciones tan nuestras o visitar periódicamente nuestros santuarios gipuzcoanos en familia, es sembrar y transmitir el Evangelio; es dar testimonio de la fe y razón de nuestra Esperanza.

11. Comunicación

122. La comunicación hacia dentro y hacia fuera es importante. Partimos de la premisa de que se ama lo que se conoce. Nuestra vida diocesana es tan rica como variada. Sueño con que nuestros diocesanos conozcan las diferentes realidades y actividades diocesanas para sentirlas como propias, orar por ellas, participar y darlas a conocer en la medida de nuestras posibilidades. Acrecentar en nosotros el sentimiento de pertenencia es algo siempre positivo. Nos ayuda a vivir la fe sintiéndonos parte de un todo más grande, a ser Iglesia, a vivir más unidos. De cara a este proceso de renovación que estamos impulsando es necesario que fluya la comunicación interna de forma directa para extender este proceso en marcha lo máximo posible en toda la diócesis. Pero también todo lo referente a la vida y actividades en nuestra diócesis. La gente más joven –aunque no solo– puede colaborar mucho en esto en nuestras parroquias y comunidades. Conocen perfectamente los nuevos medios y canales de comunicación

y pueden colaborar también y coordinarse con la delegación diocesana de comunicación en la creación y ampliación de una gran red diocesana y de redes parroquiales de información. Es importante cuidar el contenido de la comunicación institucional de nuestra Iglesia diocesana y de nuestras parroquias; también lo es cuidar los elementos comunicativos producidos y presentes en nuestras comunidades (hojas, estampas, carteles, mensajes, señalética de templos y salones, etc.), dándoles un «aire» más adecuado a las tendencias actuales del diseño. Por otro lado, la Iglesia tiene que dar a conocer a la sociedad lo que hace, con humildad, pero con creatividad. Sueño con que una mayor transparencia en la información y en la comunicación de las actividades que llevamos adelante ayude a desbloquear falsas imágenes, preconceptos y prejuicios desenfocados que crean tantas veces una opinión pública distorsionada sobre nuestra comunidad cristiana. A su vez, dar a conocer los proyectos y actividades de nuestras comunidades forma parte, sin duda, de la evangelización de nuestra cultura y hace valer la tarea de la Iglesia en medio de nuestra sociedad.

12. Economía, patrimonio, sostenibilidad

123. La gestión de los asuntos patrimoniales y económicos de nuestras comunidades cristianas ha sido tradicionalmente de corte sencillo, «familiar». Hoy, sin embargo, la complejidad de nuestra sociedad, las legislaciones y las exigencias de las administraciones nos obligan a la correcta gestión y a manejar estos asuntos de forma más profesional. Es la mejor manera de optimizar nuestros limitados recursos económicos y nos ayuda, en verdad, a ser más evangélicos. Apoyadas por los servicios diocesanos y orientadas por los protocolos diocesanos aprobados, las parroquias han de buscar la mejor gestión posible de sus bienes para servir mejor a la misión. Es nuestro deber gestionar bien y ser transparentes dando cuenta de las actividades, de las decisiones, de las cuentas. «La Iglesia es consciente de la responsabilidad que tiene de salvaguardar y gestionar diligentemente sus propios bienes, a la luz de su misión evangelizadora y con particular solicitud a los necesitados»⁷¹.

70 Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* (2002), n. 12.

71 Francisco, Carta apostólica en forma de «motu proprio» *Fidelis dispensator et prudens* (2014), Incipit.

124. Implicar a voluntarios y voluntarias que conozcan este campo y trabajar de forma coordinada en esta tarea nos hará ganar en un mejor discernimiento, en una mejor gestión y previsión, a la vez que a optimizar, en la medida de lo posible, la financiación de nuestras comunidades y nuestra ayuda a los necesitados. Es deber canónico de todas las comunidades cristianas tener un «consejo de economía» que oriente bien y vele por esta tarea a nivel local. Sueño con que en todas las comunidades funcione realmente. Por otro lado, hemos de pensar en el futuro del patrimonio histórico, arquitectónico y artístico. Realmente, hay una gran despropor-

ción entre lo que supone su mantenimiento y lo que realmente puede sostener la comunidad cristiana. Esperamos que las administraciones públicas lo sigan valorando y se comprometan también en esta tarea. Es responsabilidad de todos conservarlo y entregarlo a las siguientes generaciones. Sin duda, un buen grupo de personas cualificadas en la diócesis, bien coordinadas entre sí y con la administración diocesana, ayudarían en las zonas a gestionar eficazmente nuestros bienes y recursos. Sueño con encontrar media docena de personas voluntarias en cada uno de los seis arciprestazgos actuales para esta tarea.

CONCLUSIÓN

125. Querido hermano, querida hermana: gracias, de corazón, por vuestra paciencia. Estamos en el tiempo de Adviento, un tiempo de preparación que nos llevará una vez más a la celebración del misterio de la encarnación de Dios. Dios se hace el contradictorio, quiere dejarse encontrar por nosotros y nos renueva con su venida. ¡Déjate tú también encontrar por Él! Y, como las velas de la corona del Adviento, que se van encendiendo progresivamente, así se encienda también en ti la Esperanza. El Emmanuel, Dios-con-nosotros, viene una vez más y nos recuerda la promesa que a veces nuestros corazones olvidan: «Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin de los tiempos» (Mt 28,20).

126. Agradezco expresamente la oración de quienes están acompañando en nuestra diócesis este camino de renovación con su intercesión. Especialmente a nuestras hermanas y hermanos contemplativos, a nuestros venerables sacerdotes, a tantos religiosos y religiosas mayores y a tantas personas creyentes de nuestras parroquias y comunidades cristianas que, desde el silencio de sus casas –tal vez desde su enfermedad o ancianidad–, siguen ofreciendo lo mejor de su vida a Dios en la oración. Sus plegarias acompañan a nuestras comunidades y calientan nuestros sue-

ños misioneros en la hoguera del Corazón de Cristo y en el de María. Son los grandes testigos de la Esperanza, de quienes tanto hemos aprendido y seguimos aprendiendo. No dejemos de tenerles presentes en este año Jubilar. Ellos y ellas nos ayudan y nos atraen la luz necesaria para ser creativos y encontrar los mejores caminos.

127. Somos peregrinos de la Esperanza; caminamos. Es lo que tienen el movimiento y la vida. No nos quedamos atrincherados en las mismas formas de pensar y actuar de siempre. Animados por la «Esperanza que no defrauda» (Rm 5,5) nos ponemos en salida; nos descentramos un poco de nosotros mismos y trascendemos; salimos de lo ya conocido y nos abrimos a nuevos horizontes. Que el Señor nos regale la valentía y la fuerza para «poner carne» a tantos sueños. El *Jubileo* será para nosotros un gran motivo de alegría este próximo año; un verdadero tiempo para reforzar nuestra participación, nuestra comunión y nuestra misión.

128. Os invito a que no dejemos de soñar juntos, con la humildad propia de los pequeños. No dejemos de confiar en la fuerza de la semilla. Agarrados de la mano de la Virgen María, nuestra Madre de Arantzazu, tengamos pre-